

Isaac Asimov

# La Alta Edad Media

Las edades oscuras

Historia Universal Asimov



**Alianza** editorial

El libro de bolsillo

Título original: *The Dark Ages*  
Traducción de Néstor A. Míguez

Primera edición: 1982  
Tercera edición, con traducción revisada: 2013  
Sexta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Gaitero: detalle de un capitel del claustro de Sta. María de Ripoll (Gerona) © Index  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Asimov Holdings LLC. World rights reserved and controlled by Asimov Holdings LLC.  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1982, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-7457-5 (T. 8)  
ISBN: 978-84-206-5082-1 (O. C.)  
Depósito legal: M. 3.616-2013  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

11	1. Los germanos contra Roma
45	2. Los reinos godos
74	3. Llega la oscuridad
105	4. Los merovingios
132	5. Los mayordomos de palacio
163	6. De mayordomo a rey
186	7. Carlomagno
224	8. Los sucesores de Carlomagno
259	9. El fin de los carolingios
289	10. La oscuridad empieza a disiparse
303	Cronología
313	Cuadros genealógicos
317	Índice onomástico



*A mi hija Robin,  
capaz de iluminar cualquier edad,  
por oscura que sea*



# 1. Los germanos contra Roma

## El primer choque

Alrededor del año 1000 a. C., un grupo de tribus no civilizadas –formadas por hombres altos, de tez clara y que eran cazadores salvajes– vivía al norte y al sur de la entrada del mar Báltico, regiones que hoy constituyen Dinamarca, el sur de Suecia, Noruega y el norte de Alemania. Nadie sabe de dónde provenían. Su lengua era diferente de las lenguas habladas al este y al sur, razón por la cual consideramos que esas tribus forman un grupo diferenciado.

Muchos siglos más tarde, los romanos encontraron una tribu que descendía de esas tribus primitivas (y que aún estaba bastante atrasada). Sus miembros se llamaban a sí mismos con un nombre que a los romanos les sonaba como *germani*. Posteriormente, los romanos aplicaron ese nombre a todas las tribus que hablaban la

lengua de los *germani*, por lo cual las llamamos tribus germánicas.

Entre sus descendientes actuales se cuentan los alemanes, pero ellos se llaman a sí mismos *deutsch* (de una antigua palabra que quizá significara «gente») y a su nación *Deutschland*.

Las tribus germánicas eran algunas de las que los libros de historia suelen llamar «bárbaras».

Para los civilizados griegos y romanos del sur, todo el que no hablase griego o latín era considerado un bárbaro, es decir, les parecía que emitían sonidos ininteligibles, tales como «bar-bar-bar». Esa palabra, pues, no tenía necesariamente un carácter insultante. Después de todo, los habitantes de Siria, Babilonia y Egipto también eran bárbaros en ese sentido, y eran tan cultos y sabios como los griegos y los romanos, y lo eran desde hacía más tiempo.

Los germanos eran bárbaros en este sentido, pero también eran incivilizados. En siglos posteriores, contribuyeron a destruir partes del Imperio Romano, y su falta de aprecio por la cultura y el saber dio a la palabra «bárbaro» su significado actual: persona sin educación e incivilizada.

La única importancia de las tribus germánicas para el resto del mundo en esa época primitiva residía en el hecho accidental de que a lo largo de las costas meridionales del mar Báltico, unos sesenta millones de años antes, habían existido enormes bosques de pinos. Esos bosques desaparecieron mucho antes de que el hombre surgiera en la Tierra, y esa variedad de pino se ha extinguido; pero mientras los árboles vivieron, produjeron enormes cantidades de resina. Trozos endurecidos de esa antigua resina pueden encontrarse en el suelo.



Es una sustancia transparente, de colores que van del amarillo al naranja y el marrón rojizo, de bello aspecto y lo bastante blanda como para poder darle hermosas formas. Ese material (ahora llamado ámbar) era muy valorado como ornamento.

El ámbar pasaba de mano en mano, y en la Europa del sur, gente mucho más avanzada que los habitantes de los bosques septentrionales quiso hacerse con él. Surgió entonces una ruta comercial del ámbar, y los productos de la Europa meridional, cambiados por ámbar, llegaron al norte.

Probablemente el resultado de este comercio permitió que los germanos tuvieran un oscuro conocimiento de que en alguna parte del lejano sur había regiones ricas.

El conocimiento del norte bárbaro era igualmente oscuro para el sur civilizado. Hacia el 350 a. C., el explorador griego Piteas de Massilia (la moderna Marsella) se aventuró por el Atlántico y exploró las costas noroccidentales de Europa. Llevó de vuelta mucha información interesante para el público lector de libros, que entonces, como siempre, sólo era una pequeña parte de la población. Pero pronto iba a llegar el tiempo en que el conocimiento de los germanos llegaría al hombre medio de un modo mucho más directo.

En los siglos primitivos, las tribus germánicas no practicaban la agricultura, sino que vivían de la caza y la cría de ganado. Los bosques septentrionales no podían sustentar a mucha gente que viviera de este modo; incluso cuando la población era muy escasa, según patrones modernos, esas tierras estaban ya superpobladas.

Las tribus luchaban unas contra otras por la tierra necesaria para sustentar a la población en crecimiento, y uno de los contendientes, naturalmente, perdía. Entonces, los perdedores vagabundeaban en busca de mejores pastos y más caza, y así hubo un lento desplazamiento de tribus germánicas fuera de sus hogares originarios.

Gradualmente, los germanos se dirigieron al sur y al este, a lo largo de la costa del mar Negro. Hacia el año 100 a. C., habían llegado al río Rin en el oeste y ocupado la mayor parte de lo que es hoy Alemania.

A su paso, empujaron o absorbieron a pueblos que antaño habían dominado vastos tramos de Europa septentrional y occidental, y que hablaban un grupo de lenguas emparentadas entre sí llamadas célticas. Al oeste del Rin, por ejemplo, estaban las tribus celtas que habitaban una región llamada *Gallia* por los romanos y Galia por nosotros.

A medida que los germanos se desplazaban hacia el oeste y el sur, debieron oír hablar cada vez más de las ricas y maravillosas tierras que había más al sur. Hacia el 150 a. C., la gran civilización de los griegos estaba en decadencia, pero Italia estaba ganando importancia rápidamente en poder y riqueza. La ciudad de Roma, en Italia central, estaba imponiendo afanosamente su dominio sobre toda la región mediterránea\*.

El sur debe de haberles parecido incalculablemente rico a los germanos, un maravilloso lugar para un posible botín. La atracción del sur se combinó con tiempos excepcionalmente duros en el norte, pues, en lo que es

\* Los detalles se hallarán en mis libros *Los griegos*, Alianza Editorial, Madrid, 2011, y *La República romana*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

ahora Dinamarca, la situación provocada por una superpoblación crónica empeoró a causa de los daños producidos por tormentas e inundaciones. Hordas de hombres, mujeres y niños empezaron a marchar hacia el sur en cantidades sin precedentes, en 115 a. C. Los romanos llamaron luego a esas hordas *cimbrios*. (La península danesa que llamamos Jutlandia todavía lleva el nombre más antiguo de península Cimbria.)

En el curso de su migración hacia el sur, se les unieron a los cimbrios otras tribus, las de los llamados *teutones* por los romanos. Este nombre tribal particular más tarde fue aplicado a todos los germanos, por lo que podemos llamarlos «teutones» o «pueblos teutónicos». También podemos hablar de lenguas teutónicas, que incluyen a todas las habladas por aquellos antiguos germanos: el inglés es una de ellas.

(Dicho sea de paso, no es en modo alguno seguro que los cimbrios y los teutones –pese al nombre de éstos– fuesen realmente germanos. Aunque ésta es la creencia tradicional, son muchos los historiadores modernos que piensan que eran celtas, bien en parte o en su totalidad.)

No es muy probable que estos cimbrios fueran en realidad una hueste formidable. Entre ellos escaseaba el metal, por lo que no llevaban armadura y tenían unas pocas espadas cortas. Sus armas eran muy inferiores a las romanas. Además, carecían de disciplina o de toda idea de una táctica ordenada.

Su única esperanza de vencer a los romanos era cogerlos por sorpresa y caer sobre ellos como el rayo con feroces alaridos, con la esperanza de que el primer choque los desorganizase y los obligara a salir corriendo.

Esto ocurrió muchas veces. En primer lugar, las tribus constituían una hueste numerosa, pues todos luchaban, incluidos mujeres y niños crecidos. Además, los germanos tenían un aspecto temible, con sus largos cabellos desgreñados y sus vestimentas primitivas. También eran altos, mucho más altos y fuertes, individualmente, que los hombres de las tierras mediterráneas.

Las tropas romanas podían vencer fácilmente a las hordas bárbaras si se mantenían firmes y conservaban su sangre fría; pero era muy frecuente que rompieran filas y echaran a correr al primer ataque. Entonces era fácil para los cimbrios masacrar uno a uno a los soldados que huían.

Los rumores de la marcha hacia el sur de los cimbrios los precedieron, y como sucede casi siempre con los rumores, fueron exagerados al propagarse. Se decía que eran medio millón de hombres o más; y su altura, su fuerza y su ferocidad eran descritas en términos superlativos. El ejército romano enviado para enfrentarse a ellos al otro lado de los Alpes era conocedor de esas historias, y ya se mostraba aterrorizado y semiderrotado ya antes de tomar contacto con ellos.

Los cimbrios lucharon con ese ejército en el 113 a. C. y lo destruyeron fácilmente. Ahora tenían ante ellos los Alpes. Pero estas tribus no tenían ideas claras sobre geografía. ¿Para qué trepar por esos picos elevados, si podían virar hacia el oeste y bordear la cadena montañosa? Así que se dirigieron, entonces, a la Galia.

Tres batallas distintas entre los cimbrios y los romanos tuvieron lugar en la Galia, y los romanos las perdieron todas. En el 105 a. C., toda Roma era presa absoluta del

pánico. En las heroicas guerras de los dos siglos anteriores habían derrotado a casi todas las naciones importantes que rodeaban al Mediterráneo, pero ante esos bárbaros mal armados, parecían inermes.

Indudablemente, si los cimbrios hubiesen marchado entonces sobre Italia, habrían obtenido un botín que superaría sus más alocados sueños y podría haber cambiado la historia del mundo. Pero, nuevamente, una dirección les parecía lo mismo que otra, y por fortuna para los romanos, avanzaron hacia el oeste y penetraron en Hispania, donde combatieron con pueblos celtas que no eran mucho menos primitivos que ellos.

Esto dio tiempo a Roma, y apareció el hombre apropiado para la ocasión. Era un soldado rudo y prácticamente analfabeto llamado Cayo Mario. Se convirtió de hecho en dictador de Roma y se puso a trabajar a fin de forjar un ejército y prepararlo para que resistiese con firmeza el embate de los bárbaros

En el 102 a. C., cuando los bárbaros retornaron de Hispania y parecían dispuestos a invadir Italia, Mario estaba preparado para enfrentarse a ellos. Los bárbaros avanzaron en dos contingentes, uno de los cuales fue exterminado casi hasta el último hombre en el sur de la Galia. El otro logró abrirse camino hasta Italia, pero en el año 101 a. C. fue aniquilado en el valle del Po.

La amenaza desapareció totalmente y Roma experimentó un intenso alivio. Por el momento, Mario fue su niño mimado. Quizá nadie por entonces podía prever que esas batallas entre romanos y bárbaros sólo eran el primer episodio de una guerra que habría de durar muchos siglos.

## La recuperación germana

Por un tiempo, las tribus germánicas permanecieron tranquilas al este del Rin y al norte de los Alpes. Pero la presión demográfica continuaba subiendo. Si Roma resultaba demasiado difícil, existían botines más fáciles de tomar en el oeste. Poco a poco, los germanos se fueron desplazando hacia la Galia.

Conducía la invasión una tribu que vivía en la región suroccidental de los territorios germánicos. Los alemanes modernos los denominan *schtvaben*, pero los romanos los llamaban *suevi*; para nosotros son los suevos.

Una generación después de la derrota de los cimbrios, un caudillo germano a quien los romanos llamaban Ariovisto gobernaba a los suevos. Ya en el 71 a. C. empezó a realizar incursiones en el oeste cruzando el Rin, y llegó a dominar una parte cada vez mayor del territorio galo. Parecía haber muy buenas razones para suponer que toda la Galia caería bajo su dominio, pero entonces intervino Roma. En el 58 a. C., un ejército romano marchó a la Galia bajo el mando del más grande general que iban a tener jamás los romanos: Julio César.

Durante un breve periodo de tiempo, romanos y germanos se enfrentaron nuevamente en la Galia, pero nadie por entonces podía derrotar a César. Obligó a las fuerzas germanas a atravesar el Rin, y luego lo cruzó él mismo para marchar por territorio germano en dos incursiones como demostración de fuerza, aunque se abstuvo de obligar a Ariovisto a librar una batalla campal en territorio germano.

La Galia se convirtió en una provincia romana, y las tribus germanas tuvieron que enfrentarse con Roma, no sólo al sur, sino también al oeste.

Roma, sin embargo, no parecía dispuesta a detenerse. César fue asesinado en el 44 a. C., pero más tarde su sobrino nieto se adueñó del poder en Roma, creó el Imperio Romano y lo gobernó con el título de Augusto\*. El hijastro de Augusto, Druso, condujo un ejército a través del Rin en el año 12 a. C., y tres años después llegó al Elba, 400 kilómetros más al este. Durante veinte años, los romanos permanecieron entre esos dos ríos, pacificando gradualmente el territorio e introduciendo en él las costumbres romanas.

Por un tiempo pareció que Germania, como la Galia, podría ser incorporada a la civilización romana, pero los germanos reaccionaron. Hallaron un destacado jefe en un joven guerrero, Arminio (forma latina del nombre germánico Hermann). Aprendió latín, se romanizó y hasta obtuvo la ciudadanía romana, pero siguió siendo germano en su corazón

En el año 9\*\* d. C., atrajo a la profundidad de los bosques al general romano que había sucedido a Druso como gobernante de la provincia. Allí lanzó un repentino ataque y, en tres días, fueron totalmente destruidas tres legiones romanas. El resto de las fuerzas romanas

\* Para la historia de Roma bajo Augusto y sus sucesores, véase mi libro *El Imperio Romano*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

\*\* Los años posteriores al nacimiento de Jesús a menudo llevan las iniciales d. C. (después de Cristo), para distinguirlos de los años antes de Cristo (a. C.). En este libro casi todas las fechas son d. C., por lo que omitiremos estas iniciales.

tuvo que retroceder; trataron de resistir en la línea costera del mar del Norte, pero tuvieron que retirarse al oeste del Rin, que fue la frontera entre los romanos y los germánicos durante más de cuatro siglos. Roma no hizo ningún intento ulterior de conquistar y civilizar a los germanos, cosa que finalmente redundó en perjuicio de los romanos, también de los germanos y, quizá, de todo el mundo.

Los germanos, como es natural, eran de particular interés para los romanos. Otras tribus bárbaras habían sido conquistadas y absorbidas en Hispania, Galia y hasta Britania, pero los germanos habían mantenido su independencia y habían infligido derrotas a los romanos. De ahí la curiosidad que éstos tenían por aquéllos.

Casi un siglo después de la derrota romana frente a Arminio, un historiador llamado Cornelio Tácito parece haber viajado por Europa. Tal vez visitara Germania o hablara con gente que la había visitado. Al menos, al retornar a su país publicó un breve libro sobre los germanos, en el año 98. Ese libro, de sólo unas 50 páginas, es nuestra fuente principal sobre los germanos del período romano.

Por entonces, los germanos habían adoptado un modo de vida agrícola. Tácito los describe como hombres altos, vigorosos y guerreros, que se deleitaban en la caza, fieros y crueles, pero honrados y hospitalarios. Es difícil saber exactamente hasta qué punto se puede confiar en las descripciones de Tácito sobre las costumbres y el gobierno de los germanos, pues no era un observador imparcial. Era un crítico severo de la sociedad romana de su tiempo, a la que juzgaba decadente y vicio-



sa, y por ello usó a los germanos como ejemplo de «nobles salvajes», con todas las virtudes viriles de que carecían los romanos. Hablaba de su independencia de espíritu, de su amor a la libertad, del modo en que educaban a sus niños en el valor y el uso de las armas, de la manera en que sus reyes eran elegidos por los guerreros y de cómo los caudillos de renombre reunían seguidores a su alrededor. Algunos han tratado de rastrear los conceptos posteriores del feudalismo y la democracia en las costumbres tribales germanas, pero, en la medida en que debemos basarnos en Tácito, no podemos estar realmente seguros de cuál era la realidad y si era sólo una conveniente lección moral para su público romano.

Tácito advertía que el vigor y la independencia del pueblo germánico eran una amenaza para una Roma reblandecida y en decadencia, y en esto, al menos, tenía mucha razón. Sin duda, Roma todavía era poderosa en tiempos de Tácito, pues empezaba a gobernarla un linaje de emperadores decididos y eficientes. Pero en el reinado del último de ellos, Marco Aurelio, los problemas empezaron a aumentar.

En aquella época, se estaba librando una guerra abierta en el este, y aunque los romanos obtuvieron la victoria, los soldados llevaron con ellos de vuelta una peste mortal que asoló todo el Imperio en el 166, y lo debilitó de forma permanente. Debió de penetrar también en Germania, pero la concentración de la población era allí menor y seguramente se difundió con más dificultad, por lo que proporcionalmente causó menos daños.

Una tribu germana del sur de Germania, cuyos miembros eran denominados *marcomanos* por los romanos,

aprovechó la confusión provocada por la peste para cruzar el Danubio y marchar hacia el sur. Marco Aurelio pasó el resto de su reinado combatiéndolos. De hecho, murió cerca de la actual Viena mientras estaba en guerra con ellos.

La firme resistencia de Marco Aurelio obligó a los marcomanos a cruzar de vuelta el Danubio y logró mantener el Imperio. Pero desde ese momento no hubo ya posibilidades de paz. Los pueblos germánicos estuvieron constantemente alerta, vigilando al Imperio Romano al otro lado del Rin y el Danubio, observando, esperando y golpeando al primer signo de debilidad.

Tampoco importaba cuántas veces fueran derrotados, pues les bastaba retirarse a los bosques, adonde los fatigados romanos no osaban seguirlos y desde donde podrían reanudar sus incursiones cuando consideraran que el momento era propicio.

Además, los romanos estaban perdiendo una de sus mayores ventajas. Hasta la época de Marco Aurelio, los germanos habían estado divididos en un gran número de tribus mutuamente hostiles; cuando una de estas tribus atacaba a Roma, siempre era posible sobornar a las otras para que permanecieran neutrales o incluso para que luchasen del lado romano.

Pero ahora las tribus germánicas estaban empezando a formar confederaciones y a aumentar su poder. Los marcomanos se unieron a una laxa confederación de tribus del sur y el suroeste de Germania. Eran llamados *alemanni* por los romanos, nombre que proviene de la expresión germánica que significaba «todos los hombres». Al parecer, los alemanni esperaban formar una Germa-

nia totalmente unida, algo que nunca llegó a ocurrir en tiempos antiguos. (El nombre se conserva en la palabra francesa *Allemagne* y la española «Alemania».)

Los alamanes, como los llamamos en castellano, pressionaron sobre la Galia en el 233, cuando el emperador romano del momento, Alejandro Severo, se hallaba ausente en el lejano este, en otra de las muchas guerras que se libraron allí. Cuando Alejandro retornó, trató de rechazarlos, pero fracasó. Luego trató de sobornarlos para que abandonasen el territorio romano, y sus soldados usaron esto como excusa para asesinarlo.

Así se inició un período que duró cincuenta años en el que la anarquía se adueñó de Roma, y durante el cual pareció que el Imperio se desmembraría para siempre y que grandes partes de él caerían en poder de los germanos. Fue precisamente en ese momento cuando apareció en el escenario una de las más famosas de todas las tribus germánicas, los godos.

## La recuperación romana

Los godos parece que eran oriundos de lo que es hoy el sur de Suecia. El nombre quizá signifique «los buenos» y, por supuesto, los godos se lo aplicaban a sí mismos. (Generalmente, la gente tiene una elevada idea de sus propias cualidades.)

En la época de Tácito, grupos de godos ya habían llegado al norte de Germania cruzando el Báltico. Esto pudo provocar una especie de movimiento de fichas de dominó, pues los godos tal vez desplazaron a los pue-

blos que ya vivían allí, quienes, a su vez, marcharían hacia el sur, desplazando estos a su vez a otros, hasta que en la parte más meridional de Germania los marcomanos se sintieron tan agobiados que decidieron invadir Roma en la primera oportunidad que se les presentara.

Los godos siguieron desplazándose hacia el sur y el este, saliendo de la Germania propiamente dicha para ocupar las tierras en las que vivían los letones y los eslavos, eran pueblos menos guerreros. Remontaron el río Vístula y descendieron por el Dniéster (a través de la actual Polonia y el suroeste de Rusia) hasta llegar a las tierras situadas al norte y al noroeste del mar Negro, adecuadas para la agricultura. (Hoy abarcan los fértiles campos de Ucrania y Besarabia.)

Los godos se encontraron entonces en las fronteras nororientales del agitado Imperio Romano.

Los romanos habían avanzado hasta el norte del Danubio y ocupado Dacia (la moderna Rumanía) siglo y medio antes, no mucho después de la época de Tácito. Pero la dominación de Dacia fue débil e insegura. Los godos hacían repetidas incursiones por ella, y obtenían un buen botín. Incluso construyeron barcos con los que se lanzaron al mar Negro y lo atravesaron navegando para asolar las costas de Asia Menor y los Balcanes.

Todas las fronteras de Roma se estaban derrumbando, y hubo una serie de emperadores de corta vida que poco pudieron hacer para impedirlo. Sus más duros esfuerzos sólo sirvieron para empeorar las cosas. En el 248, fue elegido emperador Decio, quien se apresuró a hacer frente a los godos, que estaban devastando las provincias del

sur del Danubio. Pese a sus esfuerzos, fue derrotado y muerto en el 251; fue el primer emperador romano que murió en batalla.

Pero Roma resistió y las nubes parecieron empezar a disiparse, aunque despacio, en el 268, cuando Claudio II subió al trono.

Por entonces, la amenaza goda era mayor. Una gran flota que transportaba a buen número de godos atravesó el mar Negro y el Bósforo y penetró en el Egeo; desembarcaron en el norte de Grecia y avanzaron tierra adentro hasta Naissus (la moderna Nish). El este europeo nunca había estado tan cerca de la catástrofe.

Claudio II, sin embargo, se enfrentó a los godos en Naissus y, después de una larga y sangrienta batalla, los derrotó totalmente. Claudio adoptó orgullosamente el nombre de Gótico como título honorífico, pero su triunfo le duró poco. Al año siguiente murió, víctima de la peste.

Su sucesor, Aureliano, fue otro buen emperador que hizo mucho para restaurar la integridad del Imperio, aunque comprendió que Dacia, al menos, no podía ser conservada, por lo que la provincia fue abandonada para siempre. Los godos rápidamente se apoderaron de ella. Sin embargo, durante un siglo fueron mantenidos firmemente al otro lado del Danubio.

Pero al norte de ese río había espacio suficiente. En verdad, los godos formaron ahora dos reinos: uno oriental, al norte del mar Negro, en lo que es ahora Ucrania; y otro occidental, al oeste del mar Negro, en Dacia.

Los miembros de las tribus asentadas al norte del mar Negro se llamaban *ostrogodos*; los de las del oeste del